

# Ella

**Valentina Gatto**

Ella

—  
Valentina  
Gatto

Sumido en la oscuridad de la noche, iluminado únicamente por la luz del farol de la calle que ingresaba por la ventana, la vi a ella, recostada en el piso. Su pelo bordó, combinaba ahora con la sangre que brotaba del perfil de su cara.

Parado, a sus pies, veía como cada gota de sangre se metía entre sus rulos y bailaban con ellos, buscando en su pelo el resguardo de la noche. Tal belleza causó en mí una sensación de nostalgia combinada con adrenalina. Y en ese momento solo pude pensar en un violín.

Ella, ahora muerta, me hacía acordar a un violín, un instrumento delicado, sutil, majestuoso en las manos de quién lo pudiera tocar. Lastimosamente, nunca tuve maña para los instrumentos y ella fue siempre para mí un misterio irresoluble. Era como una enciclopedia para un analfabeto y yo nunca pude leer su contenido. Ella, aún muerta, era para mí poesía caminando.

---

---

Ella

---

Valentina  
Gatto

Me agaché hacia su cuerpo inmóvil y acaricié la palma de su mano hasta llegar al dedo anular y le quite la sortija que meses atrás me había permitido ponerle en el dedo.

—Sé que así lo querías —dije en voz alta. No estaba esperando que me respondiera, más bien, buscaba acallar los pensamientos que golpeaban mi mente como un martillo. Cada sentido de mi cuerpo estaba más agudizado que nunca. Oía el latido de mi corazón, el tic tac del reloj y su sangre corriendo a través de mis pies. Olía el inconfundible aroma de su pelo y las terminaciones nerviosas de mis manos parecía que estallaban cada vez que rozaba su cuerpo.

Pero ni todas estas sensaciones juntas en una sinestesia lograron jamás acallar los miles de recuerdos vívidos que me llevaron a cumplir su deseo.

Hacía tres años, tres años que la había visto por primera vez e inútil sería describir cómo su presencia me cautivó; cómo aún en un bar de mala muerte ella, con solo cruzar una puerta, llamó mi atención. Y creí que algo de mí le habría llamado la

---

---

Ella

Valentina  
Gatto

atención pues, luego de esa noche, tuvimos más encuentros; al principio casuales, luego más formales. Mientras más me encaminaba a formar parte de su vida, descubría siempre nuevas y perfectas facetas de ella. Siempre radiante, siempre limpia, pero más que nada, siempre sonriendo.

Aún recuerdo su sonrisa siempre que estaba conmigo. Cada vez que cruzábamos miradas, siempre que mi piel rozaba la suya, y aun cuando las pantallas nos separaban, sabía que estaba sonriendo.

Su sonrisa, enmarcada por sus labios finitos, siempre causaba en mí una sensación de totalidad, me sentía completo. Pero creo que nunca se lo pude demostrar como ella lo merecía, sentía que mis palabras eran insuficientes a lo que ella me hacía sentir.

Pero, hace dos meses, esa sonrisa se desvaneció. Ya no estaba al encuentro de nuestros ojos. Creo que nunca pude decirle lo que su sonrisa me significaba. Aún casados, no le pude decir lo mucho que era para mí.

---

---

Ella

---

Valentina  
Gatto

El tiempo pasó y ya no respondía: “yo también te amo.”

Ya no presionaba su cara contra mi pecho cuando la abrazaba.

Ya no buscaba en mí nada.

Y comprendí que no era ella de quien me había enamorado.

Estaba convencido que debajo de esa cara no era ella quien

se escondía. Jamás podría ser ella. Ella, la que estaba ahí

para mí sin pedir nada a cambio. Sabía que era otra persona.

Debía serlo.

Así que no dudé, agarré el bisturí y tomé a ese ser que se hacía

pasar por ángel. Quería desenmascarar eso que se encontraba

detrás de la máscara celestial. Corté desde la pera, primero

por el pómulos derecho, procurando no dañar sus labios con

mis cortes profundos. Quería desenmascararla. En mi cabeza

una frase se repetía: “Y nunca te dejaré de querer. Si eso pasase,

es porque no soy yo. Prométeme que nada se interpondrá entre

nosotros”, profesó ella una noche, entre mis brazos. Y yo con

ansias de cumplir su deseo, lo hice. Quise desenmascarar a

ese ser oscuro que se disfrazaba de esa persona que alguna

Ella

---

Valentina  
Gatto

vez llenó mi vida de luz.

Tras el antifaz, no encontré nada más que carne. Y ya habiéndola buscado en cada rincón, en cada recuerdo, sin poder invocarla, resolví que ese ángel ya se habría elevado al cielo.

Decidí, entonces, elevarme junto a ella. Ese ser poético e incomprensido que había sido tomado por un ser oscuro, al que algunos llaman desamor.